timiento que abrigamos por igual para los señores representantes de las sociedades científicas hermanas y para todas las personas que concurren a este acto. Su presencia en esta ceremonia es para la Academia un honor y un estímulo que apreciamos en todo su valer.

Quiera la suerte sernos propicia en este año de labores que hoy se inicia y ayudar así a que el trabajo de la Corporación rinda los mejores frutos. Quiera la suerte sernos tan propicia que en breve podamos regocijarnos al contemplar la nueva paz ejerciendo sobre los pueblos su influjo bienhechor y fecundo, ya que, como en alguno de sus libros ha dicho aquel eminente hombre de ciencia que se llamó Charles Nicolle, "los beneficios de nuestra ciencia y todos los beneficios necesarios a los hombres, exigen la unión y la concordia".

El Día Panamericano de la Salud *

Por el Dr. MANUEL MARTINEZ BAEZ

Presidente de la Academia en el bienio 1940-1942.

En cumplimiento de un voto adoptado por la IV Asamblea Panamericana de Directores de Sanidad, celebrada en Washington en el pasado mayo, los gobiernos de los países de América han expedido recientemente sendos decretos por los cuales consagran el día 2 de diciembre de cada año como el "Día Panamericano de la Salud". Se ha escogido tal día porque el 2 de diciembre de 1902, con la celebración de la Primera Conferencia Sanitaria Panamericana, se inició una era de cooperación franca y comprensiva entre los países de América para coordinar los esfuerzos que cada uno hace en pro de la salud pública.

Un espíritu irreflexivo podría acaso pensar que la celebración a que aludo, no representa más que la extensión de una moda. Sin embargo, la consagración citada es algo que va mucho más allá de la futilidad de una moda o de la rutina de una costumbre. La salud, integridad y armonía de las funciones todas del organismo

* Leído en la sesión del 4 de diciembre de 1940.

humano, es algo tan valioso que ningunas palabras podrían ponderar bastante, y si la salud del individuo, como justamente se ha repetido mil veces, es el más rico tesoro que a cada quien es dado poseer, la salud del pueblo es algo de tal trascendencia que constituye la primera condición para que una colectividad alcance el desarrollo cabal y el pleno disfrute de las posibilidades que dimanan de las condiciones naturales del ambiente en que vive, del progreso que haya alcanzado y de las aspiraciones que su cultura haya hecho nacer en ella.

Aspira el "Día Panamericano de la Salud" a provocar la meditación sobre la importancia que la salud colectiva tiene para los pueblos de América, a estimular las actividades sanitarias en desarrollo, a fomentar nuevas ideas cuya realización contribuya a mejorar las condiciones sanitarias del Continente y a recordar a aquellos que dieron lo mejor de sí y hasta su vida misma por lograr una vida más sana, más fuerte y más próspera para quienes hemos tenido el privilegio de nacer y de vivir sobre el vasto suelo americano.

Ante la nobleza del propósito de tal celebración, una entidad como nuestra Academia Nacional de Medicina no puede adoptar actitud de indiferencia. De hecho, toda la labor que se realiza en esta casa no tiene otro impulso que el que anima la celebración de este día. Por medio del trabajo asiduo y valioso de sus miembros; contribuye, dentro de sus posibilidades, a acrecentar y a mejorar el conocimiento de las causas que afectan a la salud, de las formas que revisten estos quebrantos, de los recursos de que se dispone para aliviar o curar y para prevenir estas dolencias. Quiquiera de vosotros podría decir con palabras más atingentes que las pobres mías toda la grandeza de la ciencia médica cuando alivia un dolor, cuando restablece la salud perdida o cuando consigue, agotada ya cualquiera otra posibilidad, llevar un consuelo eficaz a aquel a quien la muerte ha puesto ya su marca. Grande es la Medicina cuando se ejerce en bien de la salud del individuo; cuando se afana en pro de la salud de todo un pueblo es, sencillamente, grandiosa.

La riqueza de las entrañas de América, abundantes en tesoros minerales; la feracidad de sus tierras, que se revela en todo su esplendor dentro de los trópicos; la infinita variedad dentro de su

fauna y de su flora, se acompañan con abundancia de acechanzas contra la salud de los moradores. Los habitantes del continente americano, dueños por derecho natural de las riquezas que el mismo encierra, vivieron por siglos sin aprovechar más que un mínimo de los tesoros que estaban a su alcance; pero, en cambio, su vida fué débil y precaria, sujeta a las mil dolencias que minaron su existir. Como en las ingenuas leyendas, los mejores tesoros de nuestras tierras han estado guardados celosamente por seres que en nada ceden a dragones y a otros engendros mitológicos en cuanto a poder nefasto, y que en cambio son de una realidad cuyos efectos se han dejado sentir en el implacable declinar de pueblos de los que hoy sólo quedan vestigios, en ruinas y en museos. Después de la Conquista, nuevas calamidades vinieron a sumarse con las que ya sufrían nuestros pueblos, y si bien trajo el conquistador, con los recursos de una civilización más avanzada, alguna posibilidad de alivio para aquellos males, la acción bienhechora hubo de limitarse a los más grandes centros de población, mientras en la vastedad de los campos, en la inaccesible reconditez de las montañas, en el "infierno verde" de los trópicos, los pobladores autóctonos siguieron su lenta decadencia.

La Higiene, nacida con el hombre civilizado; hecha de prejuicios y de supersticiones en los primeros tiempos, si acaso del fruto de rudo empirismo o de atisbos geniales de conductores de pueblos, fué poco a poco tomando forma científica con el desarrollo de las ciencias, que suministraron el conocimiento de las causas de las enfermedades y con él, como corolario, el de la manera de evitarlas. Poco a poco en un principio, con rapidez admirable en los últimos tiempos, ha ido progresando entre nosotros la aplicación de las doctrinas de la ciencia que mejor sirve a la causa de la Humanidad. Cada año, los gobiernos de los países de América dedican a la trascendente labor de mejorar la salubridad en sus pueblos, más vastos y mejores recursos, en dinero, en saber, en actividad laboriosa. Se modifican los métodos para ajustarlos a las verdades más nuevas; los técnicos improvisados son substituídos por personal metódicamente preparado en la disciplina de la Higiene Pública bajo la dirección de maestros eminentes; se ensancha el radio de acción para las actividades sanitarias, pues ya no es sólo la capital o la gran ciudad la que aprovecha de la noble

cruzada por la salud, sino que los poblados más humildes reciben el tesoro del agua potable, del médico que reemplaza al herbolario, de los tratamientos preventivos que substituyen a las inútiles prácticas mágicas y a la inacción que brota de la desesperanza.

Comprendiendo que ante plagas que no saben de fronteras políticas y asuelan a todos los pueblos por igual, se impone la cooperación de los diversos países afectados, los gobiernos de los países americanos se han asociado en un gran esfuerzo de colaboración para escoger y unificar sus recursos de defensa. Las Conferencias Sanitarias Panamericanas se han venido desarrollando periódicamente, a partir de 1902, para organizar y fomentar esa cooperación, haciendo de esta suerte un auténtico y sincero panamericanismo. Las Asambleas Panamericanas de Directores de Sanidad congregan periódicamente, en el noble ambiente de la ciudad de Washington, a quienes tienen encomendada la responsabilidad de velar directamente por la salud de los pueblos americanos, para ver de aprovechar los estudios que se exponen en las Conferencias Sanitarias Panamericanas y para resolver la manera de llevar a la práctica las medidas que de tales estudios se desprenden. La Oficina Sanitaria Panamericana, institución que concentra los propósitos y coordina los esfuerzos de las autoridades sanitarias de América, además de organizar las fructíferas reuniones a que acabo de aludir, realiza una labor constante y sistemática de orientación, de estímulo y de consulta dentro de la ardua tarea que le está encomendada.

Como un acto de justicia, a la par que de gratitud, que se impone a nuestro espíritu, recordemos aquí a aquellos hombres que por su saber y por su esfuerzo han hecho posible el adelanto que en materia sanitaria disfruta hoy nuestra América. A Finlay, Gorgas, Reed, Shattuck, Smith, Chagas, Cruz, Morquio, Unanue, nuestro gran Licéaga. A aquellos otros que con su genio servido por su paciente laboriosidad echaron los cimientos de la lucha científica contra las enfermedades transmisibles, como Jenner, Pasteur, Koch, Metchnikoff, Roux, von Behring, Ross, Grassi, Nicolle y tantos más, que, desde los primeros sitios o en las segundas filas afirmaron, rectificaron o acrecentaron la contribución de los padres de la higiene moderna. A quienes dieron su vida, en lucha incruenta y generosa, por conseguir salud para sus semejantes, como

Ricketts, Noguchi, Carrión, Otero, Lemos Monteiro y todos los que forman el martirologio de las ciencias médicas. A los médicos que en el ejercicio de sus actividades, en el contacto diario con los pacientes que tantas veces arrebataron a la muerte, cayeron vencidos por aquélla a quien tantas veces derrotaron. A los que en la etapa de aspirante a médicos, luchando al lado de sus maestros, hicieron también el sacrificio de sus vidas, sin tener siquiera la esperanza de que su recuerdo perdurara en un atisbo de gloria. A todos los que en poco o en mucho han servido a la causa de la salud en nuestro continente, honor y gratitud. Pensemos también en quienes, en estos momentos, en el campo o en el laboratorio, en la sala de hospital o en la barcaza del sanitario de puerto, trabajan y se empeñan por defender la salud de todos nosotros. Recordemos con gratitud muy especial a los maestros de las escuelas de Higiene Pública, particularmente a los de aquellas luminarias potentes de Harvard y de Johns Hopkins, donde ha adquirido su preparación la mayor parte de quienes ahora la están poniendo al servicio de sus pueblos. Justicia pura me parece recordar también en esta celebración a la benemérita Fundación Rockefeller, cuya generosidad ejemplar tuvo acierto magnífico cuando al querer servir a la Humanidad escogió, como campo principal de sus actividades, la acción sanitaria. Es justo, repito, recordar a esta institución, a la que tanto debe la salubridad, particularmente la de los pueblos de América.

Pensamos también en la Oficina Sanitaria Panamericana, centro bullente de actividad fecunda en beneficio para la gran causa, y que bajo la hábil y generosa dirección del Dr. Cumming, hábilmente secundada por la diligencia y la pericia del Dr. Moll y de sus colaboradores, labora incansablemente por la mejor realización de los nobles fines que la animan.

La tarea es larga, y breve es la vida. Quienes saben de los problemas sanitarios de nuestros pueblos podrían tal vez dejarse ganar por el desaliento ante la magnitud de tales problemas y la multitud de los obstáculos que estorban su cabal resolución, si no echaran de cuando en cuando la vista al pasado, y comparando la situación presente con la de otros días, ni siquiera muy lejanos, sintieran el eficaz estímulo de contemplar cuánto se ha ganado, cuánto se ha progresado y cómo, poco a poco, pero con marcha se-

gura, se va ganando terreno al enemigo y avanzando hacia la meta de una América salubre y próspera. Años y esfuerzos faltan todavía para llegar hasta allí; el éxito final no habrán de verlo, seguramente, nuestros ojos; pero cuando llegue nuestra hora y ellos no puedan ya nunca contemplar la inmensidad azul del cielo americano, se cerrarán con la convicción del progreso logrado y con la esperanza justa en el éxito definitivo. Un día vendrá en que la oración pesimista que, pensando en otro aspecto de la vida americana, elevara el vate de "El Canto Errante":

Cristóforo Colombo, pobre almirante,

ruega a Dios por el mundo que descubriste,

se podrá trocar, ya en otros labios, y aplicándose a las condiciones de salubridad del continente, en exultante canto de vida y esperanza.

En esta hora de sangre y de locura, cuando sobre medio mundo resuenan, pavorosamente, los ecos de la cabalgata de aquellos jinetes que en Patmos contemplara un visionario; cuando por ventura nuestra, en América parecen haberse refugiado los restos de cordura que aún quedan a la Humanidad, el tema del Panamericanismo, en relación con la defensa del Continente contra ejércitos extraños y extrañas locuras, está en la boca de todos. Todos aspiran a que ese ideal se convierta en un hecho. Quienes han trabajado, no en tareas de guerra y de destrucción, sino en las nobles luchas por la salud y por la vida, pueden con justicia ufanarse de haber logrado ya, desde hace tiempo, la realización de idéntico ideal de Panamericanismo, en otro campo, en el del combate contra la enfermedad y en pro de la salud de nuestra América.